zos, y la mas tierna despedida. ¿Pero qué estraño? pues es un padre que va á separarse de sus hijos [1], y á quien quizá no volverán jamas á ver. ¡Ah, y cuán diferentemente estos cristianos, conocen el precio de las gracias, de que escasean y tienen hambre, que nosotros, á quienes por su abundancia desgraciadamente causan tal vez fastidio y náusea.

---

1 Hay muchas provincias en que los misioneros solo pueden dejarse ver por poco tiempo; y para remediar este inconveniente, procuran instruir á los fieles por medio de catequistas, de los maestros y maestras de escuela: pero como a mayor parte de estos son pobres, es necesario atender á su subsistencia, y aun á veces tambien á la de aquellos que viven de su trabajo, cuando les falta éste. Es preciso asímismo cuidar de los cristianos que se hallan presos. Muy útil seria el establecimiento de muchos seminarios en los pueblos, para que en ellos se educasen naturales del país, en quienes se advirtiesen buenas disposiciones para el sacerdocio: pero como los recursos son muy limitados para que puedan alcanzar á todos, hay que pasar por el dolor de dejar muchas tierras incultas por falta de medios, y aun desatender algunas iglesias, que se hllan muy distantes va piden pan, sin que haya persona alguna que lo pueda dar. Los misioneros que se envían de las casas de París son en tan corto número relativamente á la estension de su distrito, que apenas pueden visitarlo una vez al año: y ciertos departamentos solo pueden serlo de dos en dos años.

CAPITULO VI.

De las ventajas que la religion de Jesucristo ofrece á la sociedad civil.

No cesan los enemigos de la religion de Jesucristo de acusarla de que hace al hombre infeliz en este mundo: porque enfrena sus inclinaciones, porque se opone al progreso de las ciencias, porque pone coto á la razon. Mas aunque todo esto fuese así, aunque esta religion santa privase al hombre de algunas ventajas temporales, aun cuando pusiese algun obstáculo al adelanto de los conocimientos humanos, ¿qué son todos los bienes de este mundo comparados con la felicidad que nos asegura por toda una eternidad? ¿Qué todos los conocimientos humanos al lado de una ciencia que enseña al hombre sus deberes y su fin? Esto es, ¿al lado de la única ciencia, que interesa saber? Pero no obstante, harémos ver para mayor abundamiento que esta misma religion, lejos de ofrecer obstáculos al bien temporal del hombre, y al desarrollo de las luces, influye poderosamente por el contrario en el bien de la sociedad civil, y en los adelantos de las ciencias humanas. Estas dos verdades darán todavía á conocer mejor la divinidad de esta religion, que vela siempre por la felicidad del hombre, mostrando en todo la sabiduría

y bondad de su autor. "Cosa admirable, decia " un filósofo moderno [1]; la religion de Jesucris- " to, que parece no tener otro objeto que la feli- " cidad futura, proporciona tambien en la vida " presente la mas grande felicidad." San Pablo lo habia dicho ya en menos palabras: *La piedad es útil para todas las cosas* [2]. Presentemos esta verdad, colocándola en aquel punto de luz que la comunica mayor claridad; y si para ello nos vemos precisados á repetir alguna cosa de lo que ya tenemos dicho, el lector conocerá que en la esposicion de un cuerpo de doctrina, cuyas partes descansan en una misma base, es preciso muchas veces volver á los mismos principios para poder esplicar las verdades que se derivan de ellos, y vienen á enlazarse por diferentes caminos, reuniéndose todas como un centro comun de luz.

ARTÍCULO I.

De la influencia que tiene la religion de Jesucristo en los bienes de la vida presente.

Jamas se hubiera imajinado que una ley de abnegacion pudiera conducir al hombre al estado mas feliz posible sobre la tierra, por el despego á aquellos mismos bienes que parecia debian consti-

1 Montesquieu.

2 1 Tim. 4, 8.

tuir su única felicidad. Pues sin embargo, esta verdad, que se creia una paradoja antes de que la fé hubiese ilustrado á la razon, es en el dia una verdad tan clara á los ojos de la razon misma, como sorprendente el que por tanto tiempo haya sido desconocida. Para hacer mas perceptibles las pruebas, considerarémos al hombre bajo tres diferentes respetos: 1.° en cuanto á sí mismo: 2.° relativamente á sus semejantes: y 3.° en órden á la sociedad: y verémos que en todos ellos, la religion de Jesucristo es siempre amiga del hombre.

Y en primer lugar, respecto al hombre en sí mismo, las pasiones le muestran la dicha en los placeres, en los honores, en las riquezas. Mas los placeres le degradan y dominan; las ilusiones de la embriaguez que ocasionan, duran solos momentos, cuyos intervalos están llenos de hastío y amargura, de inquietud, de remordimientos, llegando á ser, hasta la misma vida, un peso insoportable. La irritabilidad y vanas pretensiones del orgullo, los cuidados, los temores y sobresaltos de la ambicion le traen en una agitacion continua, y le desesperan cuando ve menguados sus proyectos.

Jesucristo presenta un contento mas dulce, mas durable: placer exento de remordimientos é inquietudes, porque jamas está reñido con la verdad y con la justicia. Haciendo amar la virtud, dá la paz de la conciencia, que es el primer bien del

hombre en la tierra: templa los deseos y las penas de la vida presente, con la esperanza de la felicidad de la vida futura.

La reputacion ó buena fama, es asímismo un bien; pero ¡cuántos desórdenes vienen á lastimarla! La ley de Jesucristo produce las virtudes, y la estimacion pública tambien, que naturalmente sigue á aquellas.

Tambien los bienes de fortuna son necesarios á la vida: pero los placeres y el lujo aumentan las necesidades, y consumen las mas grandes riquezas. La ambicion, que todo lo aventura por elevarse, camina siempre sobre el borde de un abismo si es que no se precipita. La religion condena los vicios que disipan los caudales; condena la ambicion, que los pone en peligro; quita las necesidades, que son hijas de las pasiones; recomienda la vigilancia, el trabajo, la aplicacion, que multiplican los bienes, y enriquecen.

La salud es un bien; pero el cuerpo se hace muelle con la ociosidad, los escesos le arruinan. Jesucristo condena la ociosidad y nos manda guardar las reglas de la moderacion y de la templanza.

El primer bien de las familias consiste en la paz, en el honor y en la concordia. Mas las familias se deshonran con los vicios: las injusticias, los celos, las animosidades y las antipatías fomen-

tan en ellas la discordia. La religion hace que reine la paz y el honor con la virtud.

Las enfermedades y la vejez anticipada, son los tristes frutos de la corrupcion de costumbres. El Evangelio, obligándonos á una vida sobria y laboriosa nos prepara dias largos y felices.

Los deseos insensatos son el mayor tormento del hombre; pues desea lo que no está en su poder adquirir ni conservar: de aquí nacen los trabajos, las inquietudes, las ansiedades, los temores, la desesperacion. La religion de Jesucristo solo deja un deseo principal, que domina y adormece los demas: un bien que está al alcance de todos: el deseo de asegurarse de la bienaventuranza, que por consiguiente calma las inquietudes de la vida presente.

Las mismas pasiones, que causan la desdicha del hombre, acibaran los dias de su existencia. Un revés de fortuna abate al hombre ambicioso: las humillaciones quebrantan al soberbio: las enfermedades hacen desesperar al voluptuoso; y cuando se presenta la muerte, el hombre de riquezas, y el dado á los placeres, que solo ve mas allá del sepulcro, ó un aniquilamiento eterno, ó una eternidad de tormentos, invoca esta misma nada que le causa horror, por escapar el suplicio que le espanta, y aun se estremece y tiembla porque no es oido en su desesperacion.

Si la religion de Jesucristo no siempre porporciona las ventajas temporales de que acabamos de hablar, es en razon de que no son éstas su último fin: porque nunca nos las promete, aun que siempre nos muestra el camino mas comun, y por lo regular mas seguro de llegar á conseguirlas. Si no nos pone á cubierto de las penalidades inseparables de la humanidad, si no estinge la sensibilidad en los padecimientos, al menos los modera y aun los dulcifica por el espíritu de abnegacion. Las enfermedades y los dolores pierden una parte de su amargura para el cristiano crucificado ya con Jesucristo por la mortificacion de los sentidos. Las humillaciones, las desgracias y las privaciones consiguientes á la indigencia, son menos acerbas para una alma que mirando la gloria del mundo y todas las riquezas de la tierra como una sombra que pasa, se afana por llegar al reino que la está preparado. De nuestra misma sensibilidad sabe formarse la fé un título de consuelo y alegría; pues sabe que las penas son, en el órden de la Providencia, el camino ordinario que conduce á la verdadera felicidad. En las humillaciones, en la pobreza, en las desgracias, siempre estamos bajo la proteccion de un padre amoroso, que es protector especial del pobre y del aflijido. Ante sus ojos, la pobreza no nos hace pobres, no nos mancilla tampoco la calumnia. En el justo que

padece y es perseguido, ve la pureza de una alma recta: la inocencia calumniada es un objeto digno de sus complacencias; y la felicidad que nos tiene prometida será conforme á nuestros padecimientos. El Señor entró en su gloria por medio de la cruz; y por la cruz han de entrar tambien sus escojidos. La muerte que pone espanto á la naturaleza, rompiendo los lazos de nuestra prision, destruyendo el débil edificio de nuestro cautiverio, y reduciendo á polvo nuestros cuerpos, no hace mas que despojarnos de la mortalidad, para introducirnos á una nueva vida. Así nos lo tiene prometido Jesucristo poniendo en manos del cristiano, como prenda de su palabra, esta misma cruz, por la que le franqueó las puertas de la eternidad; y por una trasformacion, que solo pudo causar la omnipotencia de Dios, el instrumento de un suplicio, cuyo aspecto estremeció la humanidad, cambiando de naturaleza por decirlo así, infunde en el alma el contento y la serenidad, desde que el Hijo de Dios lo hizo instrumento de nuestra salud. Desde entonces, el desgraciado siente la virtud poderosa de aquel que espiró sobre la cruz, y esperimenta el contento anticipado, y la prenda de la felicidad que este Señor le tiene prometida.

En segundo lugar, con respecto á sus semejantes. Continuamente se oyen quejas contra la ingratitud, contra la malignidad y contra la envidia

de los hombres: se habla á cada paso de sus injusticias, se indigna contra su orgullo y su perfidia, y causa irritacion su criminal egoismo, que concentrando al hombre en el solo interes personal, no le deja sensibilidad alguna para sus semejantes. Tal fué en otro tiempo el carácter de los gentiles, *sine aflictione* [1]. Mas Jesucristo sustituyó á estos vicios la justicia y la caridad. Hágase que reinen estas dos virtudes sobre la tierra, y vendrán con ellas á la sociedad las ventajas y las dulzuras que habian desterrado de ella los vicios. Atendiendo cada uno á las obligaciones de su estado, puede considerarse bajo la proteccion de los demas; contribuirá al bien público, y no habrá para él mas males sobre la tierra, que los inseparables de la humanidad.

Una falsa política llama al lujo y los placeres en apoyo del bien público; para dar impulso al trabajo y á la industria, y para hacer refluir en los pobres la sobreabundancia de riquezas. Pero no se considera que el amor á los placeres, y el lujo lo absorben todo, que producen necesariamente los fraudes, los robos, las discusiones &c.; que son las olas que agitan la sociedad; que este amor que produce el egoismo, estingue la sensibilidad hácia el indigente; y que las ventajas que ofrece el lujo

1. Rom. 1, 31.

fomentando la industra, son harto pequeñas, en comparacion de los males que ocasiona; pues que se alimenta aquel con el despojo cruel de una multitud de infelifces á quienes se oprime.

La religion de Jesucristo lleva hácia el bien público por un camino mas seguro, mas sabio, mas sencillo, mas noble. Planta en el corazon las virtudes, y proporciona así á la sociedad todas las ventajas positivas, sin que haya de esperimentar los males que necesariamente procrean los vicios. Efecto consiguiente al carácter de esta religion divina, que siendo, como su Autor, esencialmente santa y sabia, ha de obrar por naturaleza los mayores bienes; pues si á su sombra se cometen abusos, siempre son hijos éstos de las pasiones que ella condena.

En tercer lugar, ó con respecto al órden público, Jesucristo afianza todas las partes de la administracion civil, sentándolas sobre la base inmoble de su religion. Entremos aquí en algunos pormenores.

En todo gobierno, la prosperidad del Estado depende del sostenimiento de las costumbres públicas, de la sabiduría y observancia de las leyes. Si, pues, es una verdad innegable, que la religion de Jesucristo es la mas á propósito para formar las costumbres, se sigue tambien de aquí, que no la hay mas sabia, ni mas acomodada á las necesi-

dades del hombre, y al bien de la sociedad; verdad que dejamos ya demostrada. Que los príncipes, pues, y los súbditos vivan conforme á las máximas del Evangelio: que los legisladores tomen por modelo la ley de Jesucristo; que se revistan de amor á los hombres y á la justicia, como ella les previene; que fomenten, que protejan las virtudes, que enseña; que repriman los vicios que condena; que establezcan con equidad las penas y las recompensas para hacer observar las leyes; que sean ellos mismos el modelo y ejemplo en el cumplimiento de las obligaciones que imponen, y de este modo brillará sin duda por todas partes el órden. Jesucristo será él mejor apoyo de su gobierno, ligando las conciencias á las leyes del Estado; hará suave su obediencia, añadiendo á las penas y recompensas de las leyes, las penas y recompensas de la vida futura: y de este concierto, resultará una sabia legislacion y un gobierno feliz.

Para poder atender á todos sus ramos, le es preciso al príncipe repartir entre diferentes ministros los cuidados de la administracion; de suerte, que la felicidad de los pueblos pende de la capacidad, integridad y vigilancia de aquellos de quienes ha de valerse. Si la religion de Jesucristo no cria estos talentos, al menos los busca, y los pone en ejercicio: porque siempre procura el bien público y comunica ademas las virtudes que condenan los abusos. Un príncipe religioso no confiará los empleos mas que á sugetos capaces para su desempeño: y cuando así suceda, cuando todos los puestos estén dignamente ocupados, no podrá menos de marchar todo en concierto, y ser sabia la administracion.

La abundancia hace que florezcan los Estados; pero la codicia desatiende las verdaderas riquezas por allegar bienes aparentes: pasa á un nuevo mundo para arrancar de las entrañas de la tierra un metal funesto, que el Autor de la naturaleza sabiamente habia ocultado, arrebatando á su patria multitud de operarios que podrian proporcionar bienes reales y efectivos. La codicia, que es pábulo tambien del lujo y sensualidad, multiplica las necesidades, y á proporcion seca los manantiales de la riqueza. Se hace ostentacion de ser rico, y en realidad es mayor la pobreza: la fortuna es para un número reducido, mientras que una multitud prodigiosa carece de lo necesario; y aun el rico con poseer mucho, jamas cree que tiene lo bastante. Pues bien: para desterrar la indigencia, bastaria el que reviviese la frugalidad, la sencillez de costumbres, el amor al trabajo, y el que se cumpliese con la caridad cristiana. Entonces, una prudente economía haria aparecer la abundancia; y careciendo de objeto lo superfluo para su inver-

sion, refluiria naturalmente en bien del pueblo y del Estado. Las riquezas de los monasterios, que en el dia escitan la envidia, son el fruto de modestas virtudes. Viviendo los monjes con sencillez y frugalidad, lograron trasformar en hermosas campiñas vastos desiertos abandonados, y á fuerza de sudores quedaron convertidos en un manantial de riquezas para las provincias (1). Los po-

(1) En estos tiempos se ha querido enseñar lo contrario, suponiendo que las casas religiosas perjudicaban á la riqueza territorial. Pero cuán vano y gratuito sea esto, lo demuestra una esperiencia, bien triste por cierto. Ocupóse cuanto pertenecia al clero regular, y otro tanto se hizo con lo del secular. ¿Y qué ventajas ha traido esto para el Estado? ¡Ojalá que no se hubiesen acrecentado sus males Creemos que pueda producirse aquí como imparcial el juicio del Sr. ministro de hacienda. Pues véase cómo se esplicaba ante el senado en la sesion de 31 de Marzo del presente año de 1845, hablando de los malos efectos que habia producido la venta de los bienes dichos.—" Es tan exacto esto, señores, (son las palabras del Sr. ministro), que tengo en mi poder los documentos de lo que han producido los bienes del clero regular: y nos encontramos con que dentro de un año se hallan ya los productos de su venta consumidos, y cargada la nacion con 50 millones de reales para mantener al clero regular, sin ventajas para él: así que, señores, realmente mas males ha acarreado, que bienes."—Otro Sr. senador aseguró en la misma sesion, que las enajenaciones de los bienes eclesiásticos lejos de producir un alivio á los gastos públicos, habian causado en ellos

bres acuden allí seguros de hallar socorro ocupándose en trabajos útiles. Con estos auxilios se aumentó la poblacion; y poco á poco, al rededor de estos monasterios, de estas mismas soledades incultas, se formaron los pueblos y las ciudades (1):

un recargo enorme; de 18 á 20 mil millones, dijo otro señor senador, ser la deuda de la nacion.—Lo mismo sucedió en Inglaterra; lo propio acaeció en Francia; y Federico de Prusia dijo que las rentas y productos de los bienes eclesiásticos que habian entrado en su tesoro, habian sido una carcoma que consumió las demas. Pueblos, ved aquí la mejor respuesta contra las teorías encantadoras con que muchas veces se procura abusar de vuestra sencillez.

[1] Debieran tener esto presente los enemigos del celibato eclesiástico: la esperiencia, lo positivo que invocan para convencerse, está aquí como en todo lo demas contra sus quimeras. ¿Pues, y la despoblacion que causa tanto cura, tanto fraile? ¿por qué no han de casarse para aumentar el número de los ciudadanos, que es el nervio de la felicidad de las naciones? Atended como sin casarse procuran la felicidad en esto como en todo lo demas. Enseñan á que sean buenos cristianos, y procurando apartar al hombre de la depravacion de costumbres, contribuyen poderosamente á que se multipliquen los matrimonios: inculcan la necesidad y deber estrecho de la buena educacion y haciéndoles mas llevaderas las cargas enojosas del matrimonio, mostrándole que los oficios y recíprocas obligaciones de su estado, emanan de un acto consagrado por la religion; y al mismo tiempo que oponen este poderoso dique al desarreglo del corazon, no hay duda que

viniendo á ser á un mismo tiempo las riquezas de los monasterios un beneficio para los ciudadanos, y un bien positivo para el Estado.

La poblacion es el nervio de los Estados; y por consiguiente, es muy propio de una sabia política procurar su acrecentamiento: mas temiendo á los gastos enormes que el lujo ha llegado á hacer indispensables en casi todas las clases, y que para una medianía son insoportables, resulta que muchos tienen que abrazar un celibato forzado. La idea tambien de una depravacion casi ganeral infunde desconfianzas y ofrece dificultades sobre la eleccion de un esposo, ó de una esposa; y esta es otra razon de preferir el celibato, temiendo hacer-

---

se asegura la armonía de los matrimonios; y que por consiguiente serán estos mas fecundos. ¿Hacen acaso lo mismo tantos célibes de libertinaje como suelen verse en la sociedad sin otro destino al paracer que causar en ella muchos males? ¿Son estos los que aumentan la poblacion? ¿Esperará ningun Estado tampoco el acrecentamiento de sus individuos de tantos matrimonios que la inmoralidad logró separar? Refórmense las costumbres; deséchese ese lujo escandaloso que aruina las fortunas, y retrae de contraer un empeño insoportable á muchas clases; obsérvese, en una palabra, la moral del Evangelio, y se aumentará la poblacion, aunque algunos dejen de casarse para consagrarse á Dios en un estado que aconsejado por su infinita sabiduría no puede menos de ser siempre beneficioso á los pueblos.—D. T.

se desgraciados. No falta tampoco, quien adopte un celibato de libertinaje, por vivir sin cuidados, y con menos regularidad. Por enriquecer á un hijo preferido, suele dejarse sin bienes á los demas, y con esto se les precisa á un celibato de razon. Que se observe el Evangelio, y quedarán remediados todos estos males. Los casados sin costumbres, no pudiendo amarse, paran en recíproco aborrecimiento. La falta de correspondencia causa la separacion: ¿qué posteridad podrá esperarse de éstos? Víctimas lastimosas de la prostitucion, tienden por otra parte lazos á la inocencia, corrompen las costumbres públicas, retraen del matrimonio, ó bien desunen á los casados; y estériles ellas mismas, como no contraigan ademas infecciones vergonzosas, ó nunca tienen hijos, ó bien son siempre desgraciados los que dejan al Estado. ¡Cuántas generaciones se pierden por esto, que habria salvado la religion! ¡Cuántos célibes ocupados en servir á la vanidad de los grandes, quedarian reformados! ¡Cuántos ciudadanos, que perecen en las guerras, ó por odios particulares, conservaria! ¡Y cuántos huérfanos tambien, cuántos pobres, cuántos enfermos perecerian, si la religion no acudiese á su socorro!

La hacienda pública, tan necesaria para la vida de las naciones, suele disiparse por las prodigalidades, y por las estafas; y á ello se sigue la

paralizacion: todo se resiente; y para cubrir las necesidades, es preciso recargar á los pueblos. Entonces se oprime al pobre, y para sacarle lo que no tiene, se le arrebata hasta el escaso producto de su trabajo, con que sustentaba la vida: y, ó ha de perecer, ó para prolongar la existencia adoptará el partido de robar. Mas si la religion habla al corazon del príncipe y de los súbditos, habrá fidelidad en la administracion los impuestos serán proporcionados al haber de cada uno: fielmente repartidos, fielmente pagados, acrecentarán las rentas del príncipe la economía é integridad que presidirán todos los actos de su administracion; y aliviando á los pueblos, se conservarán ademas perennes los manantiales, para poder atender á casos inprevistos.

Si el mundo hubiera recibido la justicia y caridad que Jesucristo vino á traerle, se hallaria la guerra desterrada de la tierra; pues amándose todos los hombres como hijos de una misma familia, las pretensiones de los príncipes y de los pueblos se terminarian siempre amistosamente; y el príncipe que osara traspasar los límites sagrados de la justicia, hallaria armadas contra sí á todas las naciones. La religion reuniria todos los pueblos en defensa de un estado oprimido, así como llama á todos los ciudadanos en socorro del huérfano desvalido. Mas una vez que las guer-

ras han llegado á ser inevitables, esta misma religion tan pacífica por su espíritu, forma los ejércitos mas terribles para defensa de los Estados.

Porque ¿qué es en efecto lo que constituye la fuerza de los ejércitos, y decide sus empresas? ¿El número de los combatientes? Pues la religion los multiplica, aumentando la poblacion. ¿Es la destreza y vigilancia de los gefes? Pues siempre serán capaces y vigilantes los generales, si la religion entiende en su nombramiento. ¿Es la fuerza y valor de los soldados? Pues la religion proscribe los vicios, que son los que enervan uno y otro. ¿Es la subordinacion, la observancia de la disciplina? Pues la religion hace un deber y un hábito el guardarla. ¿Se necesitan caudales para subvenir á los grandes gastos de la guerra? Pues la religion proporciona estos tesoros por medio de prudentes economías. Los ejércitos se disuelven por la desercion, por los robos, y por la corrupcion de costumbres; y la religion los corrije, y manda obrar en todo con arreglo á justicia. La envidia, y aun la traicion de los gefes malogran á veces los planes mas bien concertados, y son causa de que perezcan ejércitos enteros; y la religion previene todos estos desastres. El lujo y la molicie llevan en pos de los ejércitos una multitud de hombres inútiles que los deshonran: sirven ademas de que sus marchas sean lentas, menos espeditas sus evo-